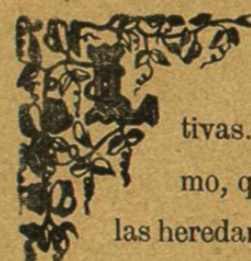


ideas. En seguida se votó por unanimidad, aquella misericordiosa ley, tan indispensable á un país desgarrado por las guerras civiles y las revoluciones continuas, que piden y hacen innumerables víctimas. Y en seguida una diputación fué al palacio llevando el decreto. Estaba el Rey en familia é hizo pasar los diputados á sus habitaciones particulares, diciéndoles que Reina é infantes, participaban de sus afectos y querían como él inaugurar la novísima era y sostener la Constitución francesa. Habíanse algunas puerilidades hecho en ella como quitar á los herederos de la corona, el título de delfines y ponerles el título de príncipes reales; y aunque mucho le dolían estos alardes democráticos, en mengua de sus tradiciones dinásticas, pasó por todo Luis XVI y se avino á todo, creyendo que le daría el curso de los tiempos y el cansancio de los ánimos, coyuntura favorable para derribarlo todo. Era universal el regocijo. Como no se creía generalmente llegara la promulgación del Código nuevo; fuera de sí los parisienses se abrazaban jubilosos por las calles, como dementes, aun aquellos que no se conocían y trataban entre sí, prometiéndoselas todos muy felices del establecimiento de la Constitución. El catorce de Septiembre á medio día salió el Rey de su palacio, para ir al Congreso, por un camino, cuyo ambiente poblaban entusiastas vítores. El entusiasmo se redobló en el seno de la representación nacional. Mas, creyendo los diputados alterar las etiquetas de los tiempos antiguos, con otra etiqueta propia de los tiempos nuevos, aquí comenzó Cristo á padecer. Luis XVI, que había pasado por tantas humillaciones, de ninguna manera le gustaba ceder á estas desusadas costumbres. Cada novedad no esperada le parecía un insulto imperdonable y un desacato reflexivo, premeditado, aleve, á su real persona. Dos sillones iguales y á un mismo nivel, se levantaban delante de la mesa presidencial. Al verlos, casi el Rey se cae de espaldas, acostumbrado á estar en todas partes y siempre sobre la sede más alta. Sin embargo, se repuso y dijo con voz clara su fórmula de aceptación. Pero aquí nuevo golpe de la etiqueta reciente y nueva mala herida en el regio corazón. El Rey tuvo que levantarse de pie para decir su juramento y quedáronse inmóviles y sentados los representantes del país, incluso su presidente. A esto ya estalló el corazón. No le permitía la solemnidad del acto decir una palabra; pero sus nervios temblaron como los de un azogado y terrible sudor frío le bañó de pies á cabeza, como si entrara en la postrer agonía. Después de haber sufrido tantas amarguras, ningún paso de su martirio le había como éste amargado, pues le parecía una escandalosa notificación de su destronamiento. Nadie notó cosa ninguna de lo que pasaba, con excepción de Antonieta herida en su orgullo. Un grito unánime acompañó á los Reyes, envolviéndolos en atmósfera de verdadero entusiasmo, nunca respirada por ellos; un acompañamiento de todo el Congreso les siguió á las Tullerías; pero al entrar el Rey en sus habitaciones, dirigióse á la Reina y cogiéndola en sus brazos lloroso y sollozando le dijo: «todo está perdido». «¡Cuál desacato!» «¡Y para esto vinisteis á compartir mi trono! ¡Ay! ¡No queda salvación alguna!»



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-TERCIO

La Constituyente y la Legislativa



Los Reyes más en su triste situación y estado sentían el golpe dirigido á las cortesanas etiquetas que los golpes asestados á las regias prerrogativas. En éstas, en la superior autoridad, había mucho de moral y espiritualismo, que atañía por completo á sus altas personalidades históricas, tales como las heredaran de sus coronados mayores; con la etiqueta se mezclaba la vida diaria, se mezclaban los hábitos y costumbres á la continua. Cualquier falta de saludo que revelase falta de respeto; cualquier sobra de solicitud que indicara familiaridad en los de abajo con los de arriba, las intrusiones dentro del santuario, erigido por las edades pasadas y cerrado á la gente profana, santuario muy análogo con el tabernáculo de un Dios; los olvidos de tantas fórmulas sacramentales como había establecidas de tiempo inmemorial en las relaciones entre las personas regias y los servidores suyos ó súbditos; todas estas minucias les llegaban á lo más hondo del corazón y les hacían creerse destronados en los ánimos antes de ser destronados en la realidad. El paseo desde su palacio á las Constituyentes les había, por el entusiasmo general, herido de un terror terrible, como aterran por su violencia y por su estruendo á los navegantes las mismas venturas de aires favorables que impelen las naves en su camino al puerto y les son favorables. Parecían tales vivas nuevos y fragorosos, cual tempestades y truenos, tan terribles como los antiguos

mueras; porque, si éstos les indicaban odios del pueblo, aquéllos les indicaban del pueblo la fuerza y la pujanza. Los mueras tocaban á vencerlos, y los vivas á humillarlos. Antonieta, por soberbia, sentía más la humillación que la derrota. El viento, el oleaje, los fragores, aunque parecían sostener las naves del Estado monárquico, mostraban la grandeza é inmensidad del pueblo soberano. Y allá, en el espíritu de una mujer, la cual ignoraba todo arte político, y á la política, por decretos de su hado adverso, estuvo destinada desde que la engendró en sus imperiales entrañas María Teresa, debía parecerle preferible morir que verse destronada, ser vencida que ser humillada, un patíbulo pronto y regenerador á un cautiverio largo é indigno. Cuanto Luis XVI, naturaleza pasiva de predestinado mártir, ganaba con su paciencia, tanto perdía con sus impacencias Antonieta naturaleza de peleador, ducha en pelear y torpe para vencer. Pues, tras haber visto aquel entusiasmo, favorable á su corona y contrario á su autoridad, vió en el salón de la Constituyente algo parecido á lo que veían en el Senado suyo los Césares antiguos, una Cámara de Reyes. Hirióla mucho el gesto altivo de todos los legisladores, como si al verlos por última vez, notara en ellos la majestad venida del poder delegado por los comicios, majestad mostrada desde la primera vez y el primer día en sus sesiones; hirióla mucho el nivel, á que se habían levantado aquellas frentes sin corona, pues parecía que la llevaban ceñida como su frente regia; hirióla mucho la igualdad de alturas en las sendas sedes del Monarca y del presidente; hirióla mucho la ceremonia donde se quedó este presidente sentado como un Rey, mientras el Rey estuvo en pie como un súbdito; hirióla más el entusiasmo de la vuelta, pues lo tuvo por el Domingo de Ramos, precedente al viernes de su crucifixión. Así, lo sintió todo; mas no imaginaba que lo sintiera su marido también. Por tanto, cuando volvieron á su estancia, despedidos de prisa y corriendo los diputados que les acompañaban á una con verdadero entusiasmo, ella misma se maravilló de la indignación del Monarca, encerrada en diques, los cuales, rotos en el momento aquel, abrieron paso á una tan grande amargura como no la sintiera igual ni durante todo el cautiverio en las Tullerías, ni al arresto en la trágica noche de Varennes. La soberanía legal del pueblo nunca se mostrara con la realidad tangible que se mostró en este minuto, para ella espantoso. Todos los antiguos desacatos fueron en su aprecio y á su vista verdadero combate con los Reyes, fué un triunfo sobre los Reyes este desacato parlamentario. El Rey, Borbón, tenía tal idea de los Austrias, por un culto religioso al genio de María Teresa y al recuerdo de Carlos V, que creía le sobraba razón á su mujer para imaginar su matrimonio con él un matrimonio desigual, sobre todo, desde que él no le había dado una corona de brillantes, sino una corona de abrojos. Así la primera exclamación salida de sus labios en cuanto le sumergía en desesperaciones terribles el género de horrosas desdichas experimentadas desde que lo cautivaron en Versalles por Octubre del ochenta y nueve, hasta que los recautivaron en Varennes por Junio del noventa y uno, la primera exclamación era: «¿qué dirán en Aus-

tria cuando vean así á su Archiduquesa?» Creyéndose á la vuelta del Congreso Luis XVI más vencido y más destronado, que en parte alguna de su Calvario, no podía faltar el estríbulo de Austria. María Antonieta se conmovió tanto viendo al Rey tendido sobre un sillón como cuerpo inerte y muerto; demudado el rostro con una expresión de dolor tan intensa, como nunca la viera en los mayores trances pasados; llorando cual no lloró el día de la muerte del malogrado primer Delfín, á quien tanto los dos habían en sus duelos y penas sentido, que le prometió, para calmarlo, y para impedir degenerara en accidente de muerte aquella emoción de su desesperado pecho, volverse á Viena y dejar abandonada Francia y la corona de Francia por completo al horror de su irremediable destino, que la aparejaba y apercibía una suprema catástrofe. Calmóse con esto Luis XVI, cuando lo vió en calma y serenidad. Antonieta que, portándose muy mal como Reina, se portaba muy bien como esposa, revocó la palabra de separación, y la imputó con acierto al minuto aquel de naufragio y desesperación, pues no podía en modo alguno abandonar su esposo y sus hijos al abismo de la revolución, y prefería morir con ellos, tanto más cuanto que malherida por los golpes dados á su cuerpo y á su alma entre las trombas y los huracanes y los ciclones aquellos, una sola esperanza le podía quedar en el mundo, la esperanza última de todos los desesperados, el rayo postrero que penetra en los dolores humanos, la muerte, tanto más fácil y amable, cuanto que á cada paso los enemigos se la ofrecían y presentaban, llevando en sus descarnadas manos con su terrible cuchilla la corona del martirio.

El pueblo perseveraba en sus fiestas y regocijos, por haber aceptado el Rey la Constitución, y se daba en cuerpo y alma, tras los dolores pasados, á su natural alegría. Enramadas las calles; adornados los hogares en sus fachadas desde las tejas á los vestibulos; en cada esquina un simulacro y en cada simulacro un símbolo; bailes y orquestas por las encrucijadas; los aires llenos de melodías y de globos recién descubiertos con vivas al nuevo código; procesiones cívicas llevando signos de paz y libertad como cadenas rotas y libros de la nueva ley promulgada; representaciones gratuitas en los teatros y teatros portátiles al aire libre; coros compuestos por centenares de voces; las campanas repicando á gloria, demostraban cómo no fueran vanos los apremios puestos por el pueblo á la Constituyente, para que acabase la Constitución, cuando tanto le regocijaba el resultado, la obra, por título de su emancipación, por carta de su libertad, por decálogo de sus derechos, á que fiaba un porvenir mejor, la dignidad de ciudadanos para sus hijos, tanto más apreciado cuanto que fuera él un misero esclavo. Los Reyes, sin embargo, no podían darse cuenta de las causas del regocijo popular desde los potros del trono antiguo destruido. La princesa Isabel, en cuerpo con sus hermanos de aquende la frontera, y en alma con sus hermanos de allende, cartas tras cartas, dirigía burlándose del festejo, pues á su piedad religiosa no juntaba emoción cristiana, y entre sus virtudes sacudía de vez en cuan-

do su áspid la víbora de los sarcasmos. A pesar de todo, el Rey salió y no le dejaron un punto las aclamaciones; salió la Reina y la circuyeron el coche y la vitorearon como al Rey. Éste, muy afectuoso en apariencia, siquier en realidad estuviese tan amargado como la Reina, reuniendo á sus contrariedades propias las contrariedades de su mujer, mucho más amargas á su paladar éstas que las propias, invitaba la plebe á un regocijo popular dado por él en las Tullerías, donde apareció, como lo quería la revolución, padre del pueblo, áncora del derecho, seguro y fortaleza de la Nación, restaurador de la libertad. Todo anduvo bien hasta que le dió á la Reina el inoportuno capricho de presentarse al teatro y asistir á los espectáculos teatrales. Cuando, á pesar de su intensidad, no menguaba en duración el entusiasmo, y tanto, que los revolucionarios publicaban hojas sueltas, pidiéndole al pueblo moderara sus ímpetus y desconfiase de los Reyes; la Reina se presenta en palcos de teatro, donde las disidencias con su furia no se anegan de ningún modo en el océano de la multitud y cogen por los cabellos la ocasión de manifestarse y los motivos de recrudecerse. Con los oídos atronados de vivas, con los ojos reanimadísimos á la vista del entusiasmo, con los nervios calmados por aquellas adoraciones de su pueblo en éxtasis, Antonieta se fué al campo de batalla, en que surgían las opiniones enemigas y se patentizaba el vigor guardado aún por la oposición. En teatros, como la Ópera, ocupados habitualmente por los señores de arriba, no se arriesgaba mucho con ir: el entusiasmo de los asistentes ofrecía homenajes á la Reina, con el mejor de los caracteres posibles en esta clase de manifestaciones, con un carácter espontáneo. Así la princesa Isabel, escribía en veintisiete de Septiembre que, habiendo asistido á la Grande Ópera, como llaman los franceses al Teatro Real suyo, viera una clase de manifestaciones, tales en lo intensas y en lo numerosas, que no podía dar asenso á su propia experiencia y se imaginaba presa del hechizo propio á una magia. Las breves, pero muy sabrosas memorias de la Campan explican esto diciendo que componía el público toda la gente al Rey adicta, y por lo mismo las aclamaciones, partidas del pecho al aire, á pesar de su estruendo y de su exageración, aparecían impulsadas por corazones leales y tomaban un carácter claro de ingenuidad sincera. Pero ¡guay en los demás teatros! Habían pensado ir al francés y se cayó en el error de preparar una comedia cuyo título parecía epigramático, y daba margen á palabras de doble significación, aderezadas con burlas de mortal efecto. Querían poner en escena *La Coqueta Corregida*. Bien pueden imaginarse, sin necesidad alguna del encarecimiento, á cuál clase de chanzas, y de retruécanos, y de maledicencias daba margen tamaña frase, cruel para quienes, en sus afectos privados se habían realmente corregido de antiguas coqueterías, vecinas á verdaderas faltas, por el correctivo de la desgracia; y en su alta política se habían corregido aparentemente del coqueteo continuo con los emigrados y los constitucionales, ateniéndose para todo al culto de las leyes, acabadas de promulgar, y á la ruidosa reconciliación, más ó menos mentida, con el pueblo, que no cabía en sí de regocijo y esperanza.